

Vivimos el carisma marista en una nueva familia de seguidores de Jesús

Encuentro de la fraternidad



1. COMPARTIMOS

- ❖ Intente describir y compartir *algunas experiencias* vividas en su familia o en su fraternidad en que realmente haya reinado la caridad, el amor, la unidad...
- ❖ “Se puede decir que ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado” (Vita Consecrata 54). ¿Cuáles son *sus esperanzas*?
- ❖ ¿Cómo tendremos que vivir, qué nuevas relaciones tendrán que surgir entre los laicos y los hermanos para unirnos en un mismo proyecto como **FAMILIA CARISMÁTICA**? Imaginemos un nuevo orden de relaciones... ¿cómo llegar a ellas? ¿Por dónde empezar?
- ❖ ¿Qué nos sugiere el *texto de José Antonio Pagola*?

2. NOS ENRIQUECEMOS

A. HACIA UNA FAMILIA CARISMÁTICA

Léxico del Secretariado de Laicos

El XXII Capítulo General nos dice que “como FAMILIA CARISMÁTICA deberíamos caminar unidos”. La propuesta de constituirnos como Familia carismática lleva consigo el reto de hacer del carisma marista una forma peculiar de vivir la identidad cristiana común a todos los fieles, y al mismo tiempo supone una estructura donde los laicos puedan desarrollar y proponer caminos propios de acuerdo a su identidad, siempre en comunión con los otros miembros de la familia, que tienen la misma raíz carismática.

Las familias carismáticas son los conjuntos formados por instituciones y grupos de creyentes unidos por un mismo carisma fundacional, o una misma *raíz carismática*, pero con formas de vida diferentes y con diversas acentuaciones del mismo carisma. La fuerza de la familia carismática no proviene de una institución dominante que arrastra a las demás, sino de la comunión entre las diversas instituciones y grupos, la comunión puesta al servicio de la misma misión y enriquecida ésta por los carismas particulares de cada grupo. El carisma fundacional se afianza como lugar central de referencia para las relaciones entre personas consagradas y laicas en el interior de la familia carismática. Resultan así comunidades con un mismo carisma pero con distintos proyectos existenciales o vocacionales¹.

La familia carismática es definida como “una parte de la Iglesia, entendida como pueblo de Dios en comunión, en cuyas distintas vocaciones, servicios y modos de vida ni se imponen ni se superponen, sino que caminan por la vida completándose para bien de todos y en el servicio del Reino”². La idea de familia carismática, a veces definida también como *familia evangélica*³, comenzó a desarrollarse en el seno de la Iglesia a finales del siglo pasado con la conciencia clara de que el carisma se encarnaba en diferentes formas de vida a través de la misión compartida. No podemos olvidar que los carismas no son abstracciones teóricas, sino que se materializan en un contexto concreto, con personas que viven en un lugar y tiempo determinado. En el fondo, la familia carismática es uno de los desarrollos que produjo la asunción de la eclesiología de comunión en la que se estaba profundizando por aquellos años.



Desde esta perspectiva, el carisma compartido crea una forma peculiar dentro de la Iglesia porque éste es asumido por personas que lo viven desde una especificidad diversa⁴. El carisma se convierte

¹ Cf. Antonio Botana en Las familias carismáticas en la iglesia comunión. Afirmará igualmente: “El carisma fundacional, cuando se apodera de una persona, afecta a toda su vida, a su modo de relación con Dios y con su Reino, a su identidad en la Iglesia, a sus opciones de vida y su modo de integrarse en la sociedad. El carisma se hace vocación, y la persona responde a esta vocación con un proyecto existencial. La familia carismática agrupa y estructura los proyectos personales en las correspondientes comunidades eclesiales que componen la familia”.

² José María Arnaiz, *Vida y misión compartidas. Laicos y religiosos hoy*, PPC, Madrid, 2014, pág. 127.

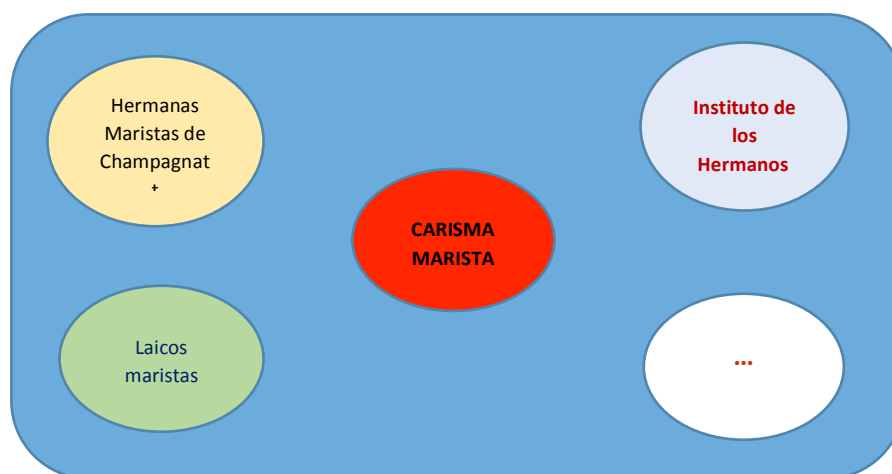
³ El concepto es de Bernardette Delizy, *Vers des «familles évangéliques»: le renouveau des relations entre chrétiens et congrégations*, Les Éditions Ouvrières, París, 2004, quien habla de familia evangélica como una red comunitaria cuyas relaciones se establecen en referencia a un rostro concreto de Jesucristo.

⁴ *Vita consecrata*, 54.

entonces, desde su raíz y originalidad, en lugar de encuentro y fuente de identidad. Nos encontramos ante un proceso vital y reflexivo que interpreta el instituto como una prolongación más del carisma fundacional. Es decir, estamos viviendo un tiempo nuevo eclesialmente, tanto para la vida consagrada como para el laicado, que exige todos los esfuerzos posibles desde una constante fidelidad creativa, que pone en el corazón el evangelio. Por esta razón, actualmente se están descubriendo nuevas estructuras en las cuales se pueden integrar en comunión todas aquellas personas que se sienten llamadas a vivir vocacionalmente con el mismo don carismático.

Los laicos que se unen a una familia carismática ya no es sólo para participar en la misión o la espiritualidad del instituto que ha estado en el origen de dicha familia, sino para participar en el carisma fundacional de esta familia, que descubren como una forma peculiar de vivir la identidad cristiana común a todos los fieles. Precisamente, la recuperación del carisma fundacional ha de hacerse partiendo de la identidad bautismal, pues es un don para vivir esta identidad, para encarnar el evangelio con una perspectiva global que se caracteriza por el modo de servir al Reino de Dios, y que a su vez lleva consigo un modo de pertenencia a Cristo a y la Iglesia. El carisma fundacional se ha de redescubrir a la luz del itinerario evangélico del fundador, pero también desde la reflexión y el diálogo entre los grupos que están viviendo el carisma, laicos y religiosos; esta confrontación evita que el carisma se confunda con alguno de los proyectos en que se concreta⁵.

El carisma, como perspectiva desde la cual se contempla todo el evangelio, hace de la familia carismática una “familia evangélica”: presenta ante la Iglesia y ante la sociedad un rostro del evangelio que subraya de manera armónica determinadas actitudes de Jesús, determinados valores del Reino, una forma de mediación de la salvación de Dios... Dentro de cada familia, el mismo rostro evangélico se concreta en diversos proyectos existenciales en las correspondientes comunidades eclesiales que componen la familia carismática-evangélica. Cada proyecto existencial, con sus dimensiones eclesial y social, da cauce a los diversos carismas personales e intenta encarnar en formas de vida religiosa o laical el carisma fundacional. El *Mensaje de la II Asamblea Internacional de la Misión Marista* de Nairobi nos lo dice: “A las puertas de celebrar el bicentenario del Instituto Marista hemos imaginado juntos un nuevo relato en el que la profecía, la mística y la comunión sean las características en las que nos reconozcamos y se nos reconozca como Maristas de Champagnat [constituyendo] una familia carismática formada por nuevas y diversas expresiones comunitarias.



⁵ Cf Antonio Botana en *Bases para un modelo actual de Familia Lasaliana*.

B. UN ESPACIO SIN DOMINACIÓN MASCULINA

José Antonio Pagola

Esto es precisamente lo que Jesús promueve dentro de esa “nueva familia” que está formando con sus seguidores al servicio del reino de Dios. Una familia no patriarcal donde todos son hermanos y hermanas. Una comunidad sin dominación masculina y sin jerarquías establecidas por el varón. Un movimiento de seguidores donde no hay “padre”. Solo el del cielo.

Su experiencia de Dios Padre, defensor de los últimos, y su fe en la llegada de su reinado llevan a Jesús a comportarse de tal manera que su actuación pone en crisis costumbres, tradiciones y prácticas que oprimían a la mujer. Por supuesto, es anacrónico presentar a Jesús como un precursor del feminismo moderno, comprometido en una lucha por lograr la igualdad de derechos de la mujer y el varón.

Jesús no puede suprimir el carácter abrumadoramente patriarcal de aquella sociedad. Es sencillamente imposible. Sin embargo, introduce unas bases nuevas y una actitud capaces de “despatriarcalizar” la sociedad: nadie puede en nombre de Dios defender o justificar la pre-potencia de los varones, ni el sometimiento de las mujeres a su poder patriarcal. Jesús lo subvierte todo al promover unas relaciones fundadas en que todas las personas, mujeres y varones, son creadas y amadas por Dios: él las acoge en su reino como hijos e hijas de igual dignidad. Esta actitud liberadora de Jesús se produce en un momento en el que es posible constatar tanto en ámbitos helenistas como en la sociedad judía un movimiento de emancipación de la mujer y una tensión creciente con el sistema patriarcal rígido (Schüssler Fiorenza). Jesús ve a todos como personas igualmente responsables ante Dios. Nunca le habla a nadie a partir de su función de varón o de mujer. No es posible encontrar en él exhortaciones para concretar los deberes de los varones por una parte y los deberes de las mujeres por otra, como es corriente entre rabinos judíos y como ocurrirá también en las primeras comunidades cristianas, cuando se reglamenten los deberes domésticos del varón, y especialmente de la mujer. Jesús llama a todos, mujeres y varones, a vivir como hijos e hijas del Padre, sin proponer una especie de “segunda moral” más específica y exclusiva para mujeres y para varones. Es impensable encontrar en Jesús un tratado como el Nashim, que, dentro de la Misná, regula todo lo referente a las mujeres, ni tampoco las exhortaciones sobre los deberes domésticos del varón y de la mujer que se hacen en las primeras comunidades cristianas (Col.3, 18-4,1).



Una vez más, Jesús toma posición a favor de las víctimas, poniendo fin al privilegio de los varones para repudiar a las esposas a su antojo y exigiendo para las mujeres una vida más segura, digna y estable. Dios no quiere estructuras que generen superioridad del varón y sumisión de la mujer. En el reino de Dios tendrán que desaparecer. Jesús no se pronuncia propiamente sobre el divorcio tal como se plantea en la actualidad, sino sobre el privilegio exclusivo de los varones de repudiar a sus mujeres.

Esto es precisamente lo que Jesús promueve dentro de esa “nueva familia” que está formando con sus seguidores al servicio del reino de Dios. Una familia no patriarcal donde todos son hermanos y hermanas. Una comunidad sin dominación masculina y sin jerarquías establecidas por el varón. Un movimiento de seguidores donde no hay “padre”. Sólo el del cielo.

No sabemos dónde ni cuándo fue. Las fuentes cristianas han conservado un episodio significativo en la vida de Jesús. Después de romper con su familia, Jesús se encuentra rodeado de un grupo de seguidores sentados en corro a su alrededor, formando con él un grupo bien definido: mujeres y hombres sentados, sin ninguna superioridad de unos sobre otros, sin nadie que eleve su autoridad sobre los demás, todos escuchando su palabra y buscando juntos la voluntad de Dios. De pronto avisan a Jesús de que han llegado su madre y sus hermanos con la intención de llevárselo, pues piensan que está loco. Se quedan “fuera”, tal vez para no mezclarse con ese grupo extraño que rodea a su pariente. Mirando en torno suyo, como era tal vez su costumbre, y contemplando a quienes considera ya su nueva familia, Jesús reacciona así: “Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”. Marcos 3,20-21.31-35 y el Evangelio [apócrifo] de Tomás 99,1-3. El episodio ha sido retocado en la comunidad cristiana, pero conserva sustancialmente su núcleo histórico. Después de Pascua, ningún cristiano se hubiera atrevido a “inventar” que Jesús había sido tenido por loco por su propia madre. En esta nueva familia de sus seguidores no hay padres. Solo el del cielo. Nadie ha de ocupar su lugar. En el reino de Dios no es posible reproducir las relaciones patriarcales. Todos han de sentarse en corro en torno a Jesús, renunciando al poder y dominio sobre los demás para vivir al servicio de los más débiles e indefensos.

Lo mismo repite Jesús en otra ocasión. Los discípulos han dejado su casa, han dejado también hermanos y hermanas, padres, madres e hijos, han abandonado las tierras, que eran su fuente de subsistencia, trabajo y seguridad. Se han quedado sin nadie y sin nada. ¿Qué recibirán? Esta es la preocupación de Pedro y esta la respuesta de Jesús: “Nadie quedará sin recibir el ciento por uno: ahora, en el presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos... y en el mundo futuro, vida eterna” (Marcos 10,28-30).

Muchos exegetas se resisten a aceptar la autenticidad de este pasaje, pues responde a las preocupaciones de los primeros cristianos. Sin embargo, las palabras pueden ser atribuidas a Jesús si se suprimen algunas añadiduras posteriores “por mí y por el evangelio”, “con persecuciones”.



Los seguidores de Jesús encontrarán un nuevo hogar y una nueva familia. ¡Cien hermanos y hermanas, cien madres! Pero no encontrarán “padres”. Nadie ejercerá sobre ellos una autoridad dominante. Ha de desaparecer el “padre”, entendido de manera patriarcal: varón dominador, amo que se impone desde arriba, señor que mantiene sometidos a la mujer ya los hijos. En la nueva familia de Jesús todos comparten vida y amor fraterno. Los varones pierden poder, las mujeres ganan dignidad. Para acoger el reino del

Padre hay que ir creando un espacio de vida fraterna, sin dominación masculina.

Otra fuente cristiana nos ha transmitido también unas palabras en las que Jesús ofrece una justificación de esta “ausencia de padre” en su movimiento. Es un texto fuertemente anti-jerárquico donde pide a sus seguidores que no se conviertan en un grupo dirigido por sabios “rabinos”, “padres” autoritarios o “dirigentes” elevados sobre los demás: “Vosotros no os dejéis llamar rabí, porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros sois hermanos. Ni llaméis a nadie “padre” vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar “directores”, porque uno solo es vuestro “Director”: el Cristo” (Mateo 23,8-11). En su conjunto, este texto está elaborado por Mateo como advertencia crítica a la jerarquía que empieza a emerger en las primeras comunidades cristianas. Sin embargo, no pocos estudiosos lo consideran el eco de algo que dijo Jesús en coherencia con otros textos auténticos.

Nadie puede llamarse ni ser “padre” en la comunidad de Jesús. Solo Dios. Jesús lo llama “Padre” no para legitimar estructuras patriarcales de poder en la tierra, sino precisamente para impedir que, entre los suyos, alguien pretenda reivindicar la “autoridad del padre”, reservada exclusivamente a Dios.

Por otra parte, la imagen de Dios Padre que ofrece Jesús tiene rasgos entrañables y maternos. Es un Dios compasivo que lleva a sus hijos e hijas en sus entrañas, cuida de los seres más frágiles de la creación, da cosas buenas a sus hijos, abraza y besa efusivamente a sus hijos perdidos al recuperarlos vivos... (Lucas 11,11-13; 12,29-32; 15,11-32).

Cuando el poder patriarcal desaparece, hacen su aparición los niños. Ellos son, junto a las mujeres, los más débiles y pequeños de la familia, los menos poderosos y los más necesitados de amor. Según Jesús, ellos han de ocupar el centro en el reino de Dios. En la sociedad judía, los niños eran signo de la bendición de Dios, pero solo eran importantes cuando alcanzaban la edad para cumplir la ley y tomar parte en el mundo de los adultos. Las niñas no son importantes nunca, mientras no tengan hijos, a ser posible varones.

Jesús va a sugerir a sus discípulos un mundo nuevo y diferente. Según un relato recogido en Marcos (Marcos 9,33-37), los discípulos varones andan discutiendo sobre el reparto de poderes y autoridad. La llamada de Jesús a acoger a los niños tuvo, al parecer, gran importancia, pues dio lugar a toda una serie de dichos que se encuentran en la fuente Q y en Juan bajo formas diferentes. En su origen hay, con toda probabilidad, un gesto y un dicho de Jesús, que han quedado oscurecidos por la redacción de Marcos y la tradición posterior.

Jesús va a hacer un gesto llamativo para que se les grabe bien cómo entiende él su comunidad de seguidores: lo importante no es ser el primero o el mayor, sino vivir como el último sirviendo a todos: “Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos”. Jesús toma luego a un niño y lo pone en medio del grupo en señal de autoridad. Lo estrecha entre sus brazos con cariño, como si quisiera regalarle su propia autoridad. Los discípulos no saben qué pensar de todo aquello. Jesús lo explica en pocas palabras: “El que reciba a un niño como este en mi nombre, me está recibiendo a mí; y el que me reciba a mí no me estará recibiendo a mí, sino a aquel que me ha enviado”. En el movimiento de Jesús son los niños los que, en su pequeñez, tienen autoridad. Son los más importantes y han de ocupar el centro, porque son los más necesitados de cuidado y de amor. Los demás, los grandes y poderosos, empiezan a ser importantes cuando se ponen a servir a los pequeños y débiles.

El pensamiento de Jesús aparece con más claridad todavía en otra escena. (Marcos 10,13-16) Según la mayoría de los críticos, el relato está basado en un incidente real en la vida de Jesús. Refleja su actitud inconfundible hacia los marginados, excluidos e indefensos. La afirmación de que el reino de Dios pertenece a los niños está en línea con su convicción de que el reino de Dios pertenece a los pobres. Le presentan a Jesús unos niños y niñas: si es un hombre de Dios, les contagiará algo de su fuerza y su espíritu. Pueden ser niños de la calle. No son sus madres quienes los presentan a Jesús.



Los discípulos, que quieren mandar e imponer su autoridad, tratan de impedir que se acerquen a Jesús. Su reacción es inmediata. Enfadado, rechaza la actuación de sus discípulos: “Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como estos es el reino de Dios. Yo os aseguro que el que no reciba el reino de Dios como niño, no entrará en él”. A continuación, repite un gesto muy suyo. Abraza a los niños y niñas con cariño, comunicándoles su vida y recibiendo de ellos su ternura y alegría. Luego impone sobre ellos sus manos para que crezcan y vivan sanos: los bendice como el Creador bendecía todo al comienzo de la vida. El movimiento de Jesús, que

prepara y anticipa el reino de Dios, no ha de ser un grupo dirigido por hombres fuertes que se imponen a los demás desde arriba. Ha de ser más bien una comunidad “de niños” que no se imponen a nadie, que entran en el reino solo porque necesitan cuidado y amor. Una comunidad donde hay mujeres y hombres que, al estilo de Jesús, saben abrazar, bendecir y cuidar a los más débiles y pequeños. En el reino de Dios, la vida se difunde no desde la imposición de los grandes, sino desde la acogida a los pequeños. Donde estos se convierten en el centro de la vida, ahí está llegando el reino de Dios. Esta fue, probablemente, una de las grandes intuiciones de Jesús.

3. NUESTRA ORACIÓN AL SEÑOR

❖ De nuestros inicios

En 1824, el hermano Juan Pedro Martinol, director de Boulieu, vino una vez de visita a La Valla. Cuando al día siguiente, de madrugada, se disponía a regresar a Boulieu, el padre Champagnat le dijo:

"Mire, como no se ha levantado aún el hermano cocinero, llévese este bollo de pan bendito que me correspondió el domingo por haber oficiado la misa mayor; desayúnese con él por el camino."

"No padre", replicó el hermano, "se lo llevaré a los hermanos y lo comeremos juntos. Nos va a saber a gloria, pues todo lo que recibimos de la casa madre de La Valla nos resulta delicioso y nos sienta de maravilla. Me encanta proporcionar tal dicha a los hermanos: seguro que saltarán de gozo y que, en toda la comida, no hablaremos sino de usted y de estos hermanos de La Valla."

Encantado por tales sentimientos, el venerado padre exclamó: *"Me hace llorar de alegría, querido hermano, al hablar así. Esos son exactamente los sentimientos del espíritu de familia que han de animar a todos los hermanitos de María. Mientras conservemos cuidadosamente esos sentimientos y ese espíritu de familia, gozaremos de la felicidad de la vida religiosa."*

(Crónicas Maristas, Tomo II, Sentencias, 384)

❖ Para compartir

A partir de su experiencia ¿cuál sería el relato que haría a un extraño comunicando el *espíritu de familia* que identifica a los seguidores de Champagnat?

❖ Salmo del encuentro

Venimos a tu presencia, Dios nuestro,
como caminantes, peregrinos, buscadores...
y queremos darte gracias,
celebrar juntos la alegría
de sentirnos hijos tuyos.

Este es un lugar para el encuentro,
encuentro contigo desde nuestras raíces,
con nuestra historia y con el hoy
tan pobre y pequeño, pero abierto a Ti.



Te presentamos nuestros
deseos de escucharte,
de comprometernos a fondo con la realidad,
aunando nuestras manos
en un empeño común:
ser co-creadores contigo, parteros de la vida.

Por eso te pedimos fuerza
para vivir en fraternidad

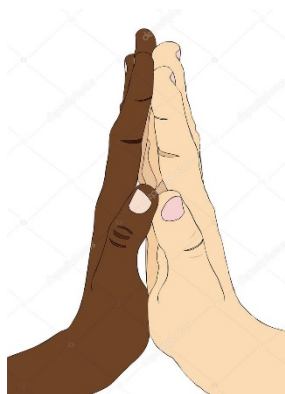
tantas veces necesitada de escucha
y reconciliación.
Haznos capaces de acoger la diferencia
como don y riqueza de tu presencia creadora.

Queremos llevar tu mensaje de justicia y paz
como Buena Noticia a este mundo,
que sufre la guerra, el hambre, el odio,
la división, la soledad, la indiferencia.

Deseamos construir la paz
en cada uno de los entornos
donde estamos y vivimos.
También en nuestras fraternidades,
entre nosotros,
que seamos capaces de crear espacios
para el diálogo y la armonía.

Que compartamos la vida y la fe,
que reine entre nosotros la alegría.
Renueva cada día la ilusión
por seguirte juntos
acogiendo, sembrando
y entretejiendo tu Reino.

❖ Canto final: AMAOS



*Como el Padre me amo
Yo os he amado
Permaneced en mi amor
Permaneced en mi amor (bis)
Si guardáis mis palabras
Y como hermanos os amáis
Compartiréis con alegría
El don de la fraternidad
Si os pones en camino
Sirviendo siempre la verdad
Fruto daréis en abundancia
Mi amor se manifestará.
Como el Padre me amó...*

No veréis amor tan grande
Como aquel que os mostré
Yo doy la vida por vosotros
Amad como yo os amé.

Si hacéis los que os mando
Y os queréis de corazón
Compartiréis mi pleno gozo
De amar como El me amó
Como el Padre me amó...